

ca el fruto de tan grandes trabajos: no hay biblioteca ninguna en la república en que se encuentre una coleccion de estas gramáticas y diccionarios, algunos de los cuales nunca se imprimieron, y aun de muchos de los impresos es muy difícil hallar ejemplares, siendo acaso la coleccion mas completa que hoy existe la que ha logrado formar en Berlin el Sr. Baron Federico de Humboldt, ministro que fué del rey de Prusia, tan distinguido en la filología, como su ilustre hermano, el Baron Alejandro de Humboldt, lo es en las ciencias naturales y estadísticas.

Para establecer una norma en sus procedimientos y obrar bajo principios seguros y uniformes, los misioneros, ántes de comenzar sus trabajos, celebraron una junta apostólica á que se suele dar el nombre de primer concilio megicano. Formaron esta junta diez y nueve religiosos, cinco clérigos, y algunos letrados, con asistencia de Cortés, y se celebró en fines de 1524 y principios de 1525, presidida por Fr. Martin de Valencia. En ella se estableció el modo en que se habian de administrar los sacramentos, de los cuales el del matrimonio, ofrecia mucha dificultad, pues teniendo los indios en su gentilidad varias mugeres, é ignorándose sus leyes y costumbres sobre el particular, no se podia fijar si entre ellas habia alguna que debia ser considerada como legítima, y cual lo era, punto que quedó indeciso hasta que el papa Paulo III declaró que se considerase como tal la primera, y en caso de no poderse averiguar, se quedase el indio al bautizarse con la que eligiese. En cuanto al

bautismo, habiéndose dado en algunas ocasiones sin las formalidades establecidas por la iglesia, y aun á veces por solo aspersion de agua natural con hisopo sobre un gran número de personas, pronunciando en comun para todas las palabras sacramentales, luego que vino de las islas el crisma y oleo bendito, se repitieron las ceremonias y ritos solemnes en los que habian sido bautizados sin ellas, y entónces tambien se administró la confirmacion, para la cual tenia facultad el padre Motolinia. A los principios no se dió la comunión á los indios, hasta que el papa Paulo III los declaró capaces de ella, movido por la célebre carta que le dirigió el obispo de Tlaxcala, Fr. Julian Garces, y en junta que celebró en Méjico en 1539 el Sr. Zumárraga, que con mas propiedad pudiera llamarse el primer concilio Megicano, pues asistieron á ella ademas del Sr. Zumárraga, los señores D. Juan de Zárate, primer obispo de Oajaca, y D. Vasco de Quiroga, que lo fué de Michoacán, con los prelados de las religiones, estando representado el gobierno por el factor Ortuño de Ibarra, se declaró que se les debia administrar á los que estuviesen bien instruidos en la fé, lo que fué confirmado por junta posterior que convocó el visitador D. Francisco Tello de Sandoval en 1546 á la que asistieron cinco obispos, los prelados de los religiosos y otros eclesiásticos.

Los continuos trabajos y viages de los misioneros consumieron en breve tiempo los hábitos que habian traído, y no habiendo sayal ni lana con que hacerlos, pues todavía no se habia propagado bastante el gana-



do para producirla, debiendo ser de esta materia; acudieron al laborioso expediente de hacer desbaratar por las indias el tejido de los hábitos viejos, cardar é hilar la lana de que estaban formados y tejer otros nuevos, y para darles un color mas duradero, bajo el principio de que San Francisco no habia determinado color ni forma para los hábitos de sus frailes, sino que solo habia recomendado que fuesen pobres y ordinarios, los hicieron teñir con el tinte mas comun que habia que era el añil, y este es el origen que tuvo el que los franciscanos en América estén vestidos de azul, en lugar del color gris que usaban en España y del cual eran los hábitos primitivos de los misioneros, igual al de los fernandinos y de los demas colegios apostólicos.

Para desarraigat del todo el culto de los ídolos, era menester destruir estos y los templos en que se les tributaba adoracion, pues no obstante la asistencia forzada de los indios á los actos de religion en las iglesias y á la instruccion que se les daba, aunque en lo público hubiese cesado el ejercicio de la idolatria, en lo secreto se continuaban los sacrificios, y los templos estaban servidos y guardados con sus ceremonias antiguas. En el curso de la conquista se habian derrocado algunos ídolos y derribado varios templos, pero esto no habia sido de una manera tal, que borrarse la memoria é hiciese olvidar la reverencia con que eran vistos aquellos lugares, y despues del triunfo, los españoles se ocupaban mas en construir sus casas y cobrar los tributos en sus repartimientos, que en perseguir el culto de los ídolos. Los misioneros comenzaron el año

de 1525 quemando, en el primer dia de él, el templo mayor de Tezcuco que era de los mas hermosos, queriendo que así como la redencion del género humano habia tenido principio en aquel dia con la circuncision del hijo de Dios, así lo tuviese la regeneracion del pais recién conquistado, con la destruccion de uno de los mas famosos templos de su idolatria. Grande fué la sensacion que tal acto causó en los indios, quienes con grandes gritos y muchas lágrimas manifestaban el dolor que les causaba la ruina de aquel monumento: pero los misioneros, firmes en su propósito y auxiliados por la autoridad y poder de Cortés, tan celoso en este punto como los misioneros mismos, llevaron adelante su empresa. Estos actos solian hacerse de una manera pomposa: los religiosos acompañados de los niños de las escuelas y de los catecúmenos mas instruidos, celebraban misa en público con la mayor solemnidad que podian, y concluido el santo sacrificio, iban en procesion al paraje en donde se habian reunido los ídolos y otros objetos de la supersticion de los naturales, y cantando el salmo 113, se ejecutaba prácticamente sobre los ídolos el contenido de cada versículo. „Nuestro Dios reside en el cielo: todo está sujeto á su voluntad. Los simulacros de las gentes son oro y plata, obra de la mano de los hombres. Tienen boca y no hablarán, tienen ojos y no verán. Tienen oidos y no oirán, tienen narices y no olerán” (1). El martillo del mi-

(1) 3. Deus autem noster in celo: omnia quæcumque voluit, fecit.

4. Simulacra gentium argentum et aurum, opera manuum hominum.

5. Os habent et non loquentur: oculos habent et non videbunt.

6. Aures habent et non audient: nares habent et non odorabunt.



sionero hacia entónces pedazos aquellos miembros del ídolo, cuya inutilidad habia cantado el profeta real, y los muchachos de la escuela despues de la ceremonia, con grita y algazara insultaban los restos mutilados del simulacro, que por tantos siglos habian adorado sus abuelos.

Por desgracia los misioneros confundieron con los objetos del culto idolátrico todos los geroglíficos cronológicos é históricos, y en una misma hoguera se consumia el ídolo, ante quien se habian presentado en sacrificio los corazones humeantes de los hombres, y el manuscrito precioso que contenia los anales de la nacion desde su inmigracion del Norte del Asia. Así fueron entregados á las llamas los archivos de Tezcucuo, con gran pesar de los indios instruidos, que sabian la significacion de aquellas figuras misteriosas. Los misioneros conocieron mas tarde el mal que habian causado y trataron de repararlo, recojiendo todas las noticias y tradiciones que les fue posible, y conservando los manuscritos que escaparon á los primeros incendios, y á estos trabajos literarios que impendieron para formar la historia de todas las naciones de América en que ejercieron su ministerio, debemos los conocimientos que acerca de ella tenemos, y de la legislacion, usos y costumbres de aquellos pueblos. Puede aun dudarse si la reparacion que de este modo hicieron, excedió al mal que causaron, pues sin los escritos que nos dejaron, serian incomprendibles las figuras geroglificas que se han conservado, como lo habrian sido los manuscritos de los clásicos

latinos, si el clero de la edad media no hubiera mantenido viva la lengua en que estaban escritos, que vino á ser el idioma litúrgico. Sea cual fuere el daño que los misioneros causaron á la historia con sus pias quemazones, no es sin embargo la generacion presente la que tiene el derecho de acusarlos, cuando hemos visto consumir en las coheterias ó vender para envolver drogas en las boticas, no manuscritos con signos no conocidos, sino los archivos muy importantes de muchas oficinas, sin que se haya hecho otro esfuerzo para recogerlos y conservarlos, que el establecimiento poco atendido del archivo general, y el del museo para las antigüedades megicanas, que tampoco ha sido visto con grande empeño.

Entre los misioneros cuyos trabajos han contribuido mas á reparar la pérdida de los manuscritos consumidos por las llamas, deben contarse los padres Motolinia, Sahagun y Mendieta, de cuyos manuscritos tuvo conocimiento y le fueron muy útiles para formar su grande obra de la *Monarquía indiana* el P. Fr. Juan de Torquemada. Este religioso, que vivió en el siglo siguiente al de la conquista, debe ser considerado como el Tito Livio de la historia de la Nueva-España. Aunque nacido en la antigua, Torquemada hizo sus estudios y tomó el hábito en Méjico, constituyéndose, como todos los religiosos de su orden, en defensor y apologista de los naturales del pais. Fué guardian del colegio de Tlaltelolco y provincial de la provincia del Santo Evangelio, y en el tiempo de su provincialato, puso el virey á su cuidado la



construccion de la calzada de San Cristóbal, para preservar la ciudad de las inundaciones causadas por las avenidas de Cuautitlan y Pachuca, la que ejecutó á satisfaccion del gobierno, por el influjo que ejercia sobre los indios. En su *Monarquía indiana* recopiló todas las noticias que existian sobre la historia antigua del pais, y todo lo que pudo recojer sobre los usos, costumbres y leyes de los habitantes, continuando su narracion hasta su tiempo; y aunque su estilo adolece de los defectos de la época y de la profesion del autor, nadie que quiera conocer la historia de Méjico, puede dispensarse de tener continuamente á la vista esta obra, cuya primera edicion, hecha en Sevilla en 1615, vino á ser tan rara, que el célebre cronista de indias D. Antonio de Solis, no consiguió haberla á las manos y se llegó á vender por precio exorbitante, hasta que se hizo la segunda en Madrid en 1723. Por tan señalados méritos, he creído deber adornar esta disertacion con el retrato de un hombre, á quien tanto debe la historia de nuestro pais, copiándolo del que se conserva en el colegio de Santiago Tlaltelolco.

Los religiosos que he nombrado no solo se distinguieron como escritores, sino tambien como profesores, instruyendo á los naturales no ya en los primeros elementos de las letras y en los rudimentos de la religion, sino en los estudios mas elevados de la latinidad y de la filosofia. He tenido ocasion de hacer observar en otro lugar de estas disertaciones, que las ideas del gobierno español en la época de la conquis-

ta con respecto á la América, fueron mucho mas liberales que las que en lo sucesivo dominaron en el gabinete de Madrid, sea por la decadencia á que todo se fue precipitando en aquella monarquia, ó por el recelo que se tuvo de que la ilustracion y demasiados progresos de las colonias, harian muy incierta y mal segura su dependencia de la metrópoli. A este espíritu liberal se debió la fundacion del colegio imperial de Santa Cruz, anexo al convento de Santiago Tlaltelolco, destinado á la educacion de los indios de familias nobles, muchos de los cuales se distinguieron en la carrera de las letras. El virey D. Antonio de Mendoza, á quien Torquemada califica con el nombre de „padre verdadero de los indios,” llevó á efecto esta célebre fundacion, ya comenzada por D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, construyendo el colegio á su costa, y de sus propios bienes asignó renta para la sustentacion de los colegiales indios que en él habian de ser recibidos. La apertura del colegio se hizo con solemne procesion que salió de San Francisco, y á que asistieron el virey, el obispo de Méjico, D. Fr. Juan de Zumárraga, y el de Santo Domingo, D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, con una lucida concurrencia, habiéndose predicado tres sermones, uno de ellos por el célebre Dr. D. Francisco Cervantes Salazar, primer catedrático de retórica de esta Universidad y autor de varias obras muy importantes para la historia nacional, de muchas de las cuales no nos queda mas que la noticia de sus títulos. Concluida la funcion, comieron el virey y de-



mas concurrentes principales en el refectorio de los frailes, á costa, dice Torquemada, del buen obispo Zumárraga.

El primer lector de gramática latina del colegio de Santa Cruz fué el padre Fr. Arnaldo de Bassac, francés, que fué tambien el primero que dió lecciones de latinidad en la Nueva-España, en la capilla, ahora parroquia de San José. Poseyó perfectamente la lengua megicana, en la que tradujo los Evangelios y epístolas de todo el año para el uso de los indios, á los que enseñó la música en Cuautitlan y otros pueblos inmediatos. Dió gran lustre á este colegio el padre Fr. Bernardino de Sahagun, que pasó en él la mayor parte de los 61 años que vivió en la Nueva-España, y cuando conoció que se aproximaba su fin en la avanzada edad de 90 años, al salir del colegio para trasladarse al convento grande, para curarse en la enfermería, ó mas bien, segun dijo, porque queria ser enterrado con los santos viejos sus compañeros, como llamaba á los primeros misioneros, hizo reunir á los colegiales indios á cuya enseñanza habia consagrado toda su vida, y se despidió de ellos con toda la ternura y el afecto de un padre. Otro de los hombres distinguidos del mismo establecimiento fué el padre Fr. Juan Bautista, que nació en esta capital en 1555: fué muy instruido en la lengua megicana, y despues de haber enseñado filosofia y teología en el convento grande, en donde tuvo por discípulo al historiador Torquemada, pasó á ser guardian de Santiago, fomentó con el mayor empeño los estudios en el cole-

gio y abrió los cimientos de la actual iglesia de aquel nombre. Tambien obtuvo el mismo empleo nuestro historiador Torquemada, quien se lamenta de que en su tiempo estuviere tan resfriado el cuidado y favor que el gobierno habia dispensado á aquel colegio, y que en vez de enseñar en él las ciencias, como ántes se hacia, solo sirviese para tener doscientos y cincuenta á trescientos niños indios que aprendian á leer, escribir y la doctrina cristiana. Mas adelante hasta esto cesó, y aquella casa se redujo á servir solo para los estudios de los religiosos.

Injusto seria habiendo hablado de Torquemada, no hacer mencion de otro de nuestros historiadores tambien franciscano, y natural de esta ciudad de Méjico. Este fué Fr. Agustin Betancur que nació en 1620, y fué cura de San José durante 40 años, habiendo muerto en la avanzada edad de 80. Nombrado cronista de su provincia por el comisario general de Indias, ha dejado varios escritos, de los cuales su *Teatro megicano* viene á ser un compendio y continuacion de la obra de Torquemada, sin que por esto se le pueda imponer la nota de plagario que le dá Clavigero, y de que le vindica con razon el Sr. Beristain en el artículo relativo de su biblioteca.

Los misioneros, para facilitar la inteligencia de los misterios del cristianismo, aprovechaban la semejanza que se encuentra entre estos y algunas creencias establecidas entre los indios, la cual es tal en muchos casos, que ella ha dado motivo á que se haya creido por algunos escritores, que la religion cristiana habia sido



predicada en América en una época muy remota, y que el apóstol Santo Tomas fué el Quetzalcoatl tan venerado en las mas antiguas tradiciones de los aztecas. Usaron tambien establecer santuarios en aquellos lugares mas frecuentados en la idolatría, para borrar con nuevos objetos de veneracion la memoria de las antiguas supersticiones, y por esto vemos sobre la plataforma de la gran pirámide de Cholula la ermita consagrada á Nuestra Señora de los Remedios.

Vencidas las dificultades que los misioneros tuvieron para aprender el idioma del pais, se fueron extendiendo por todos los lugares mas próximos á los conventos que tenian fundados, y en este valle de Méjico los primeros á donde se dirigieron fueron Cuautitlan y Tepozotlan, porque entre los hijos de los señores que se criaban en el convento de San Francisco, habia algunos de aquellos pueblos que los solicitaron para pasar á ellos. Fr. Martin de Valencia, con uno de sus compañeros, pasó á Jochimilco y á otros pueblos de la laguna, y principalmente á Cuitlahuac (hoy Tlagua) que por su situacion en medio del lago fué nombrado por los españoles Venezuela, cuyo cacique recibió en el bautismo el nombre de D. Francisco, y entre otras pruebas de su celo construyó la iglesia de tres naves, dedicada á San Pedro, que fué despues convento de dominicos. Lo mismo hacian los religiosos de los conventos de Tezcuco, Tlaxcala y Huejocingo, predicando por todas aquellas comarcas, en las que los pueblos se disputaban entre sí para llevar á ellos á los misioneros, y tal fué el efecto de esta

predicacion, que escribiendo el Sr. Zumárraga al capítulo general de la órden de San Francisco en 1581, asegura que „se habian bautizado por mano de los religiosos de San Francisco mas de un millon de indios, derribado mas de quinientos templos y destruido mas de veinte mil ídolos.”

Para perfeccionar la instruccion que se habia dado á los indios al recibir el bautismo, los misioneros los reunian los domingos y fiestas en los cementerios de las iglesias ántes de la misa y sermon, y allí les repetian por dos y tres veces la doctrina segun los catecismos que habian compuesto en sus lenguas, y este es el motivo por el cual en las iglesias de las antiguas y grandes poblaciones, como la de Escapuzalco, Tacuba, Cuernavaca y otras, los cementerios son tan extensos y hay en ellos cruces, al rededor de las cuales se formaban los grupos, en cada uno de los cuales un misionero repetia el catecismo, y en seguida la misa y sermon se decian en los mismos cementerios, en lugares altos que todavía se conservan, para que pudiese ver todo el concurso, que era tan numeroso que no cabia en los templos. Al ver en nuestros dias estos lugares de desolacion, en que el corto número de concurrentes apenas basta para ocupar alguna parte de los templos, que no eran entónces bastante vastos para contener la poblacion de aquellos tiempos, el espíritu menos reflexivo se halla oprimido con los recuerdos de aquellas escenas de vida y actividad, en que la caridad cristiana se ejercia de una manera tan distinguida, sobre tan gran concurso de neófitos.